

Pierrot.
Poema íntimo

...Tiene el rojo de las rosas, el vaso está lleno de agua de rosas... ¡Quizás! En el estuche de cristal hay un rubí muy puro... ¡Quizás! En el agua hay un diamante líquido... ¡Quizás! El claro de luna es el velo del sol... ¡Quizás! (51, *Rubiyat* de Omar-al-Kayyam)

9 de marzo de 1918

Pierrot

Una historia de ensueño eterno que nunca tendrá fin. Voy queriendo llegar a la cumbre del beso pero no lo consigo. Siempre encuentro obstáculos y pierdo el sendero. Mientras tanto el ideal se está consumiendo en su castillo de plata. Se están marchitando las rosas aunque las riega la mano lejana. Yo voy solo... Ahora empiezo.

¡Ay, qué tristeza de fisiología! ¡Qué dolor de forma y de espíritu! Me quieren los pájaros buenos de la verdad aconsejarme que no siga mi peregrinación... pero me llaman muchas cosas amablemente dolorosas y guiaré mis pasos hasta la torre de marfil en que [me] encastillaré. ¡Ay!, pero pasamos muy pronto por la vida... y quizá cuando llegue a ver mi ideal ella será una vieja como la

hermosa Bauldour estaba, al ver regresar a su hermano Pécopin³, que llegaba joven por un hechizo del diablo... y las aves del castillo le saludaron desde sus árboles centenarios. Después todo se acabó.

Prólogo

Nadie entrará nunca en las interioridades dolorosas. Nos muerde atrozmente el deseo a la carne y el deseo imposible del corazón. En medio de estas cosas se levanta el Ideal. La carne ansiada está muy lejos... y tanto llega a poseernos su visión que se va agigantando de manera que la vemos más imposible aún. Todo nuestro espíritu se escancia en las almas que amamos, siendo la carne la miel que une. La intimidad es algo que nadie adivina. Es una estrella dolorosa que da su luz únicamente a nosotros... Sus secretos, aunque no lo sean, lo son, porque la última esencia ni nosotros mismos podemos revelar.

¿A quién le interesa mi corazón? A nadie. Mis llantos de amor quiero que sean sólo para mí. Llantos, los míos, de lejanías doradas y cálidas que nadie creería si contara. Los corazones no están siempre en estado de sentir las desdichas de un enamorado. El mundo adelanta y va desechando las tristezas mortales del amor. Una cascada de libras esterlinas está cayendo sobre un jardín divino de rosas y laureles... Hay risas para las melenas y los chambergos. Lloran los poetas. El pálido anciano de las barbas blancas que simboliza la bondad y la franqueza del corazón está vendido por el dinero de los comerciantes. En un sendero llora un poeta rubio y ensoñador de una eterna mujer. Un comerciante inglés quiere comprarle la lira como curiosidad histórica. Un joven sports-

³ Personajes de la *Légende du beau Pécopin et de la belle Bauldour*, de Victor Hugo. Sobre su importancia en la obra de Lorca, véase Eutimio Martín, *Federico García Lorca, heterodoxo y mártir*, 124-30.

man lo mira burlesco como a un bicho extraño [y] un yanqui exclama: "¡Pero todavía existe esta plaga de lloriqueadores!", y el poeta sigue cantando, cantando... En los árboles escuchan los pájaros su canción...

Ya es tarde para llorar cosas del corazón. ¡Qué le importan a nadie! Pero mi corazón canta su dolor sobre los ecos del mármol en estas cuartillas. No me interesan las opiniones.

Mi paloma lleva en su pico de plata rosas amargas de mi jardín oculto. Yo tenía en el alma un vaga leyenda de mujer, y un día de verano espléndido sentí un gran estremecimiento. Se había despertado mi estatua y me había estrujado el corazón. ¡A qué cantar! Dentro de mi jardín interior brotaron las rimas cantando a otras cosas pero nunca lo que estaba dentro de mí. Tenía vergüenza de revelar los paseos de mi alma por los lagos vagos y olorosos de las rimas. A veces en las horas cálidas y adormecedoras sentía que en la frente me quemaban dos cuernos de oro y que [palabra ilegible] rojas me envolvían. Otras veces en la hora del crepúsculo me florecía en infinitas rosas, en lluvias inmensas y palpitantes del espíritu lejano. ¡Es doloroso tener siempre el pensamiento puesto en una cosa que no nos escucha!

Sean mis versos sentidos y dolorosos una guirnalda de flores sentidas y espirituales que me coronen en la hora de mi muerte. Siento en mi alma la nostalgia mortecina de la luna. Sospecho que voy a ser un Pierrot de un ideal que no besaré. Cuando paseo por las calles y los jardines me empolvo la cara con indiferencia, con imbecilidad, con despecho, con gris pasional. Creo que no lo consigo. A veces me brillan los ojos en mi ensueño fatal. Luego en mi cuarto descubro mi corazón, abro mi ventana y pulsando el laúd digo las eternas serenatas a la luna. Se ríe la gente. "¡Ese hombre está en la luna! ¡Ese hombre está en la luna!", exclaman... Pero yo, mientras, digo, "Luna, luna mía, yo te amo, ven a mí..." y la luna no me contesta, no puede contestarme, está muy lejos, es un imposible... y yo persisto anhelante: "¡Ave

luna mía, corazón mío, te quiero tanto!", y el viento admirable me besa como queriéndome consolar... y la luna llora y se ríe de mí. No se puede vivir con la nostalgia de la luna. Hay una noche galante y perfumada en mi corazón.

Yo soy una máscara eterna. A veces, las más, soy Pierrot. A veces soy Arlequín. Otras soy Colombina. Nunca Pantalón [sic].
 ¿Que sabe la gente de las calles lo que hay dentro de mí? ¿Qué saben mis amigos de mi alma, a la que sólo conocen disfrazada? ¿Qué sabrán nunca lo que hay en mi caverna azul y lunática? Sólo la luna adivina mi secreto y por eso llora y ríe. Una virgen exótica y lejana y un hombre muscular y acerado danzan en mí. El corazón no sabe qué hacer. ¡Qué triste es esto! Mis cantares tampoco dicen nada. No sé qué sendero tomar. Los veo todos de rosas de pasión. Y mientras, se ríe de mí hasta mi luna, mi amada luna. ¡Qué triste es esto! Hablan estos cantares de mi dolor y mi vaguedad interior. Yo no sé qué hacer...

Dios tenga misericordia de mis palomas candidas... Creo que mi rosa se entreabrirá en las nubes blancas de la eternidad.

Canto con la lira, con la flauta, con la guitarra, con el laúd, con el crótalo, con la siringa verleniana, con el raro fagot de Baudelaire, con la espléndida trompa de Rubén. No las tañeré bien, esto lo sé, pero espero que estas estrofas malas serán letanías que me salvarán de la tentación del mal.

Sabe mi piano quién soy y por eso no canto al son de él. Sólo lo pulso en la intimidad de mi noche... Soy una máscara desgranada... y no puedo quitarme el antifaz... Los espíritus de los músicos me conocen y me esperan en sus tronos de paz. Algún día los besaré en la frente y les diré: "¿Dónde está el camino de la luna...?" Y ellos sonreirán tristemente musitando: "¡Estás en la luna! ¡Estás en la luna...!" Y yo sollozaré como siempre hasta la inmensidad del tiempo pero no habré conseguido la luna. ¡Qué triste es esto!

esta parte puede entenderse
como 'pantomime'

Sale el Pierrot
(Es la hora del crepúsculo).

A lo lejos está mi luna. En plena juventud siento en mi alma brotar las flores del almendro. Flores gloriosas y suaves... rosas soñadas como los llantos de mi virgen desconocida. Hay calma en los ambientes. Vive mi crepúsculo. Quizá me mate el viento de la realidad. Presiento que mis flores de almendro se marchitan. ¡Misericordia de mi alma! Quizá una nube negra me quiera tapar la luna. Si así sucede moriré... Ya sale mi Pierrot a su ventana. ¡Qué hermoso es! ¡Eh! ¡Luna! ¡Luna! En el silencio hay un coro de risas... ¿Qué me importan las burlas si tengo en la mano la rosa y el puña? Esto se acabará cuando yo quiera. ¿Verdad, luna mía? ¡Ja, ja, ja...! ¡Imbéciles! ¡Eh! ¡Luna! ¡Luna mía! ¡Yo te adoro!

Es en el parque eterno que solloza por la hora crepuscular. Rosales, pinos y eucaliptos, fuentes de rosa y blanco y terciopelos de hierbas verdosas... El Pierrot ve unos ojos azules. Solloza y pulsa el laúd.

¡Serena gravedad de los ojos azules!
Matices de un crepúsculo que inunda al corazón.
Sonatinas perdidas sobre claves dolientes.
Iris petrificados. Perfumes de unas fuentes
que manan en extraños países de ilusión.

¡Serena gravedad de los ojos azules!
Ópalos infinitos de una luna ideal.
Pensamientos del alma llenos de transparencia.
Melancólicas rosas de solitaria esencia.
Espejos encantados de un otoño ideal.

Me matan los ojos azules,
sexos de espíritus vagos.
Me matan los ojos azules

que sueñan entre abetos y abedules
en países de nieve brumosos y magos.

¡Serena gravedad de los ojos azules!

Son los ojos de una mujer de nieblas y lirios que cruza el parque. El Pierrot teme dar celos a la luna. Pasa la visión. Entre ramajes se agitan torsos divinos de mujeres, senos manando leche tibia, nuca espléndidas de vírgenes potentes. Todo está revestido de almendros en flor. De las mamas de las magnolias surgen cabalgatas de frisos desaparecidos, niños desnudos cubiertos de jazmines que tocan azucenas como si fueran trompetas, caballos de nubes grises, dioses envejecidos por el hambre de alabanzas que van en busca de su incienso, figuras con las cabelleras al aire que cantan una canción de bosque pagano. En un rincón, entre claveles y llamas de color, un sátiro encadenado se retuerce angustiado queriendo morder. Entrechoca los dientes y saltan chispas azules... El Pierrot se compadece y lo suelta... Entonces el sátiro lo muerde todo y acaba por rendirse... Quiere la muerte poseerlo. Por el fondo cruza Anacreonte con Clotulo y Batilo... El viejo poeta lleva los labios sensuales y temblorosos y los ojos entornados en un ensueño de placer amoroso. El sátiro toca la siringa en su honor. Pierrot se calla con admiración.

Después llega Hamlet preguntando por Ofelia... El sátiro se ríe brutalmente... Canta el Pierrot una canción divina en honor del gran sonámbulo torturado y, mientras, mira apasionadamente a la luna.

Tiene el Pierrot nostalgia y canta:

Divina noche en que amor me besó.
Los senderos eran de claveles.
Campo de luna en tono menor.
Yo era tímida oveja del señor
en rosado camino de laureles.

Llegó el amor con su rubio aliento
y el jardín de mi alma floreció
con las rosas del beso y del ensueño.
Tristes magas del país marfileño
que mi brujo piano desgranó.

Llegó la ausencia con su noche oscura
y el alma penetró en el corazón.
De pasionarias fue mi sendero,
alfombrado con flechas del arquero
que posee la dulzura y la ilusión

En los crepúsculos sin colores
en que derramo mi pensamiento
Surge la tenue figura que amé
y mi dolor ya sin forma la ve.
Tanto sufro que no la presiento.

¡... y es la verdad! El pobre Pierrot ama demasiado, Y de tanto adorar un pensamiento se le borra de su imaginación. ¡Ay! ¡Qué tristeza tan grande tiene todo esto!
Otro día lloró así Pierrot:

Solitario el parque,
aire manso y dulce,
gris y azul suavidad.

¡Aquellos días!
¡Qué triste sonata!
Eran tus bucles mi sangre.
Eran tus ojos, ¡mi ingrata!,
alma de mis melodías.

¡Aquellos besos!
Con suavidades de espejos,
compases de una música de nardos,
almas de un color muy lejos,
¡Aquellos besos!

¡Aquellas manos!
Blancas magnolias hechas carne
que saben de misterios en las almas.
palomas que sabían consolarme.
¡Aquellas manos!

Yo encendí mi lámpara...
¿Te acuerdas?
Era raso y marfil mi querer
como la luz del amanecer.
Tú eras la casta antorcha de mi ser.
¿Te acuerdas?

Ahora enciendo mi lámpara.
Llora mi lira
y en lejano murmullo de laureles
mi alma suspira.
Solitario el parque,
aire manso y dulce,
gris y azul suavidad.

y la noche:

¿El alma nunca gozará?
Amargura,
¿Dónde mi amor se esconderá?
Está muerto.
¿Cuándo lo eterno llegará?
¡Ja, ja, ja, ja!

¿De mi corazón qué será?
La voz del silencio me contesta.
¡Ay! Mi rosa no se abrirá.

Una tarde dolorosa el enamorado de la luna se sentó en el parque y pulsando el laúd cantó su alma a los rosales:

Amargos silencios en el mar de nuestra vida,
rosas musicales marchitas.
¡Silencios en la marcha del corazón,
rumores de un mar lejano!
Nuestra dulce novia la imaginación
nos sume en azul verano.

El lago de los crepúsculos
deja escapar sus cisnes de color:
quietud en las almas.
La mariposa blanca del amor
busca las calmas
de maravillosos labios en flor.

La ausencia nos da la idea de Dios.
¡Sufrimos tanto!
La luna toca su vida perfumada
sobre la flor roja y nevada
de nuestro llanto.

¡Ay, los pianos, las noches serenas!
¡Ay, las estrellas, los amaneceres!
¡Ay, la blancura de las azucenas,
dulces como vientres de rubias mujeres!

¡Ay los besos!
Resoluciones de la eterna infancia.
Acordes alados de misterioso son.
Dulces presos
del corazón.

Amargos silencios en el mar de nuestra vida,
rosas musicales marchitas.

Una mañana de enero se morirá el Pierrot. Quiere morir cuando la luna brille más. En su cabalgata funeral pianos escondidos en las alamedas llorarán a su herma-

no Chopin. Los demás personajes de la farsa italiana seguirán su ataúd de oro llorando... y dirán: "¡Qué lástima tan grande!, y pensar que nos hemos reído de él..." Pero el Pierrot irá diciendo: "¡Voy a la luna! ¡Voy a la luna...!" Irá cubierto de rosas blancas y en un momento se volverán palomas y lo llevarán alto, muy alto y entonces, si la luna lo quiere, se casará con ella... ¡Pobre Pierrot! ¡Pobre máscara de mi corazón...! Ay, ¡qué triste es toda la humanidad!

Fin



Este fue
nuestro
libro
de esta
matina
y se van
liga XX
de una
La diva
del siglo
cultural
fructon